

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Georges Perec

# El Condotiero

Prólogo de Claude Burgelin

Traducción de David Stacey



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Le Condottière  
Éditions du Seuil  
París, 2012

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* «El Condotiero», Antonello da Messina, © RMN-Grand Palais /  
Jean-Gilles Berizzi / Museo del Louvre, París

*Primera edición: febrero 2013*

© De la traducción, David Stacey, 2013

© Éditions du Seuil, 2012

Colección «La Librairie du XXI<sup>e</sup> siècle», dirigida por Maurice Olender

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7853-0

Depósito Legal: B. 31187-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Jacques Lederer*

Como muchos otros, he descendido a los infiernos y, como algunos, salí en parte.

MICHEL LEIRIS, *Edad de hombre*

Primeramente recordaré las cosas que, recibidas por los sentidos, tuve antes por verdaderas, y los fundamentos en que se apoyaba mi creencia; luego examinaré las razones que me han obligado, más tarde, a ponerlas en duda. Y, por último, consideraré lo que debo creer ahora.

DESCARTES, *Meditaciones*<sup>1</sup>

1. René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, KRK Ediciones, Oviedo, 2005, edición de Vidal Peña, p. 225.

Madera pesaba. Lo agarré por los sobacos, bajé de espaldas las escaleras que conducían al laboratorio. Sus pies saltaban de un escalón a otro, y esos rebotes irregulares, que seguían el ritmo desigual de mi descenso, resonaban secamente bajo la bóveda estrecha. Nuestras sombras danzaban en las paredes. La sangre seguía corriendo, viscosa, rezumaba de la toalla de rizo saturada, resbalaba veloz dejando su rastro por las solapas de seda, se perdía en los pliegues de la chaqueta, hilillos mucosos, muy ligeramente brillantes, que la más mínima rugosidad de la tela detenía, y que a veces salpicaban el suelo, donde las gotas estallaban en manchitas estrelladas. Lo deposité al pie de la escalera, junto a la puerta del laboratorio, y subí de nuevo para coger la navaja y enjugar las manchas de sangre antes de que volviera Otto. Pero Otto entró casi al mismo tiempo que yo, por la otra puerta. Me miró sin comprender. Me batí en retirada, corrí por las escaleras, me encerré en el laboratorio. Cerré la puerta

con llave y la bloqueé con el armario. Él bajó unos minutos después, intentó forzar la puerta, que resistió, volvió a subir arrastrando a Madera. Reforcé aún más la puerta con el banco de trabajo. Volvió un poco más tarde. Me llamó, disparó dos tiros de revólver contra la puerta.

Ves, tal vez te decías que era fácil. Nadie en la casa, nadie en los alrededores. Si Otto no hubiera regresado tan rápido, ¿dónde estarías? No lo sabes, estás aquí. En este laboratorio, como siempre, y nada ha cambiado, o muy poco. Madera está muerto. ¿Y qué? Sigues en este taller subterráneo, un poco más en desorden simplemente un poco más sucio. Es el mismo día el que se filtra por el tragaluz. El Condotiero, crucificado en su caballete...

Había mirado a su alrededor. Era el mismo escritorio —el mismo tablero de vidrio, el mismo teléfono, el mismo calendario de taco en su base de acero cromado—. Seguía habiendo esa frialdad rigurosa, ese orden estricto del estilo sobrio, esa armonía helada de los colores —el verde oscuro de la moqueta, el cuero leonado de los sillones, el ocre ligero de las cortinas—, esa discreción impersonal, los grandes archivadores metálicos... Pero de repente la masa flácida del cuerpo de Madera creaba una impresión grotesca, una nota desafinada, algo un poco incoherente, anacrónico... Había resbalado de su silla y yacía boca arriba, con los ojos medio cerrados, la boca entreabierta paralizada en una expresión de estupor idiota que el brillo apagado de un diente de oro avivaba todavía más. De la garganta seccionada, la sangre manaba espesa a

trompicones, chorreaba hasta el suelo, invadía poco a poco la moqueta y esa mancha difusa, negruzca, que se iba extendiendo alrededor del rostro de Madera, alrededor de ese rostro de una palidez ya sospechosa, esa mancha caliente, viva, animal, se apoderaba lentamente de la habitación, como si las paredes ya estuvieran saturadas de ella, como si de repente ese orden, ese rigor hubieran sido trastornados, aniquilados, devastados, como si ya no existiera nada más que esa mancha irradiante, que esa masa inmunda y ridícula, ese cadáver agrandado, decuplicado, ilimitado...

¿Por qué? ¿Por qué dijo esa frase? «Creo que no supondrá dificultad alguna.» Intenta recordar la inflexión exacta de la voz de Madera, ese timbre que lo sorprendió la primera vez que lo oyó, ese ligerísimo ceceo, ese canturreo algo titubeante, la cojera casi imperceptible de las palabras, como si tropezara —o estuviera a punto de tropezar—, como si temiera a cada momento cometer un error. Creo que. ¿Qué nacionalidad? ¿Española? ¿Sudamericana? ¿Un acento? ¿Un acento deliberado? Dificultad. No. Mucho más simple: una voz con unas erres algo guturales. ¿O bien algo ronca? Lo ve de nuevo, avanzando hacia él, con la mano extendida: «Gaspard —es así como hay que llamarlo, ¿verdad?—, estoy verdaderamente encantado de conocerlo.» ¿Y luego qué? ¿Todo ello le daba mala espina? ¿Qué hacía allí? ¿Qué quería de él? Rufus no lo había puesto sobre aviso...

Uno se equivoca siempre. Cree que las cosas se van a arreglar, que van a seguir su curso normal. Pero no se puede prever. Es tan fácil hacerse ilusiones.

¿Qué es lo que quiere, usted? ¿Quiere un cuadro? ¿Quiere un bello cuadro del Renacimiento? Puede hacerse. Por qué no un Condotiero después de todo...

Su rostro flácido, un poco presuntuoso. Su corbata. «Rufus me ha hablado mucho de usted.» ¿Y? ¿Qué más da! Tendrías que haber tenido cuidado, tendrías que haber sospechado... Ese señor al que no conocías de nada... Pero te abalanzaste sobre la ocasión que se te presentaba. Demasiado fácil. Y ahora. Ahora pues...

Para llegar a esto. Hace el cálculo rápidamente: todo el dinero gastado para la instalación del laboratorio, los materiales, las reproducciones –fotografías, macrofotografías, radiofotografías, luces de Wood, luces rasantes–, los proyectores, el viaje por los museos de Europa, su mantenimiento... esa suma fabulosa para este fin bufonesco... ¿Tenía algo de cómico, este encarcelamiento imbécil? Estaba a su mesa como si nada... Era la víspera... Pero arriba el cuerpo de Madera, en su charco de sangre... Y los pesados pasos de Otto montando una guardia fiel. ¡Todo eso para llegar a esto! ¿Dónde estaría ahora si...? Piensa en el sol de las Baleares –tal vez habría bastado con un gesto por su parte, un año y medio antes–, Geneviève estaría a su lado..., la playa, el sol poniente..., una bella tarjeta postal... ¿Aquí se termina todo?

Ahora recordaba el menor de sus gestos: acababa de encender un cigarrillo, estaba de pie, con una mano en la mesa, todo su peso en una sola pierna. Miraba al Condotiero. Luego, muy rápido, apagaba su cigarrillo. Su mano izquierda rozaba la mesa, se apoyaba

en ella, agarraba un trozo de tela que apretaba con todas sus fuerzas, un pañuelo viejo, un trapo para sus pinceles. Todo había acabado. Se apoyaba cada vez más pesadamente en la mesa, sin apartar la mirada del Condotiero. ¿Días y más días, este esfuerzo inútil? Como si, detrás de su hastío, la cólera hubiera crecido en él, segura de sí misma, poco a poco. Su mano arrugaba la tela, sus uñas chirriaban sobre la madera. Se enderezaba, se acercaba al banco, hurgaba en las herramientas dispersas...

Una vaina negra de cuero endurecido. Un mango de ébano. Una hoja brillante. La levantaba hacia la luz y se aseguraba de que no quedaran partículas tras el afilado. ¿En qué pensaba? Le parecía que ya no existía nada más que esa cólera y ese hastío... Se dejaba caer en el sillón, con la cabeza entre las manos, la navaja apenas a unos centímetros de sus ojos, recorriéndose, nítida e incisiva sobre la superficie peligrosamente lisa del jubón del Condotiero. Un solo movimiento y fin... Un solo movimiento bastaría... El brazo levantado, el destello de la hoja..., un solo gesto..., avanzaría a pasos lentos, la moqueta ahogaría el ruido de sus pasos, se deslizaría detrás de Madera...

Había pasado un cuarto de hora, tal vez. ¿De dónde venía la sensación de gestos lejanos? ¿Casi olvidado? ¿Dónde estaba? Había subido. Había vuelto a bajar. Madera estaba muerto. Otto montaba guardia. ¿Y ahora? Otto iba a telefonar a Rufus, Rufus iba a venir. ¿Y? ¿Si Otto no encontraba a Rufus? ¿Dónde estaba Rufus? Todo dependía de eso. De esa apuesta estúpida. Si Rufus llegaba, moriría, si Otto no encon-

traba a Rufus, viviría. ¿Viviría por cuánto tiempo? Otto estaba armado. El tragaluz estaba demasiado alto y era demasiado pequeño. ¿Otto se dormiría? Quién sabe si un hombre que monta guardia necesita dormir...

Iba a morir. La idea lo tranquilizaba como una promesa. Estaba vivo, estaría muerto. ¿Y luego qué? Leonardo está muerto, Antonello está muerto y yo mismo no me encuentro muy bien. Una muerte tonta. Víctima de los acontecimientos. Víctima de un golpe de mala suerte, de una torpeza, de una falta. Condenado en rebeldía. Con unanimidad de votos menos uno –¿cuál?– condenado a morir como una rata en un sótano, contemplado por una docena de miradas impasibles –luces rasantes y rayos X comprados a precios exorbitantes a los laboratorios del Louvre–, condenado a morir por haber matado, esa ancestral ley del Talión, esa ancestral moralidad legendaria –el talión de Aquiles–, la muerte es el comienzo de la vida del espíritu; condenado a morir por un cúmulo de circunstancias, la combinación incoherente de unos cuantos acontecimientos minúsculos... Alrededor de toda la tierra, se extendían hilos y cables submarinos... Oiga, París, aquí Dreux, no cuelgue, le pasamos con Dampierre. Oiga, Dampierre. París al aparato. ¡Hable! Quién hubiera podido imaginar a esas apacibles telefonistas con sus cascos como infalibles verdugos... Oiga, señor Koenig, le habla Otto, Madera acaba de morir.

En la negra noche, el Porsche avanzará a toda velocidad, los faros serán dragones escupidores de fuego.

No se producirá ningún accidente. En plena noche, Otto irá a abrir. En plena noche, lo vendrán a buscar...

¿Y entonces? ¿Qué más te da? Vendrán a buscarte. ¿Y? Tírate en un sillón y mira bien a los ojos, hasta que te mueras de mirarlo, al gracioso con su daga, al inefable Condotiero. ¿Responsable o no responsable? ¿Culpable o no culpable? No soy culpable, aullarás cuando te arrastren al pie de la guillotina. Es lo que vamos a comprobar, responderá el verdugo. Y la cuchilla chasqueará. Chas. La evidencia primera de la justicia. ¿No es evidente? ¿No es regular? ¿Por qué iba a haber otra conclusión?